



## La Cueva de Montesinos en el Quijote y la Cueva de la Sierpe

Jesús Fuero Espejo

Mucho se ha hablado de la presencia de Miguel de Cervantes en la Serranía, zona citada por muchos de los que escriben sobre este gran autor y su magnífica obra, «Don Quijote de la Mancha». Ellos se refieren a éstas tierras como una zona de paso hacia Barcelona o Zaragoza, aunque luego, en muchas publicaciones, hurtan dicho paso en los mapas de las rutas cervantinas, incluidas muchas de las promovidas desde las instituciones Castellano Manchegas. Un ejemplo son las rutas que conmemoraron el aniversario del año 2005.

Creo firmemente que algo tenemos que hacer para que esto cambie, no basta con las placas que se colocaron en Carrascosa de la Sierra y Cañizares hacia 1955, cuando se pretendió desde la Sociedad Cervantina dar un impulso a los caminos recorridos por Cervantes, señalando los itinerarios. Muchos aún recordamos el cartel que había a la entrada junto a la Casa de la Toba en la Hoz de Beteta en el que ponía «Ruta de Don Quijote», aunque los caminos en los siglos XVI y XVII eran otros.

He hablado muchas veces de la importancia de la Sierra en la obra de Cervantes, y en algunos pueblos de la Mancha me han dicho los que conocen nuestra tierra que «que más quisieran ellos que poderle ofrecer a los visitantes algo como lo que aquí tenemos». Pues bien, quedaba dar un paso más y era hacerles ver a los cervantistas y amantes de la obra de Cervantes, que son más de los que nos imaginamos, que no sólo estuvo por aquí de paso, sino que estuvo mucho tiempo entre nosotros.



Placas conmemorativas en Carrascosa y Cañizares.

Quedaba ahondar un poco más en su presencia y reconocer alguno de los lugares en los que se pudo fijar Cervantes para escribir algunos pasajes del Quijote y otras de sus obras en el tiempo en que estuvo su hija y su yerno en la Herrería de Santa Cristina, asunto que ya he expuesto en otras ocasiones. Uno de ellos es para mí sin duda la conocida Cueva de la Sierpe, la cual reúne todos los requisitos para convertirse en la verdadera Cueva de Montesinos que aparece en el Quijote, algo que ya he comentado dentro de la cueva ante cervantistas y gente venida de diferentes lugares. Y cuando fuera y dentro de España he ofrecido algunas de las pruebas de que así puede ser he obtenido el silencio por respuesta ¡que van a objetar! Un ejemplo de que es así fue en unas las jornadas cervantinas celebradas en Cañizares los días 14 y 15 de julio de 2017. En el interior de la cueva alguien me preguntó insistentemente por el Palacio de Cristal y no le respondí, sabedor de que cuando llegarse al fondo de la cueva lo descubriría, y sorprendida quedó esa persona con su descubrimiento. Es un Palacio que podemos ver en todo su esplendor si permanecemos al fondo de la cavidad sin ninguna luz artificial unos quince minutos tras lo cual observaremos como las transparentes aguas dejan traslucir lo que albergan dentro, bajo esa bóveda que refleja la luz de una forma mágica y misteriosa.



Foto cedida por zascandileando.com.

**«Ofrecióseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados...»**

Hemos de recordar que Cervantes cuando conoce esta cueva tiene cerca de 60 años y un brazo en mal estado. Además Cervantes usa subterfugios constantemente y elude darnos en su novela la realidad concreta en la que están basados sus personajes, así como el paisaje del que se copia. Es claro que con la minusvalía de su edad, con sus fuerzas ya en declive, difícilmente pudo acceder a otra cavidad que supusiera mayores dificultades.



Su anchura supera los cincuenta metros.

**“Llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha.”**

## La Cueva de Montesinos en el Quijote y la Cueva de la Sierpe

---



Otro tema a tratar, es la altura de la Cueva de Montesinos y la de la Sierpe. Las «brazas» en la época dependían de la altura del hombre. Los cordeleros usaban la braza que era la medida de cada vuelta de la sogá cuando esta se recogía extendiendo los brazos para hacer la rosca o rimeró. Usualmente cuatro codos son una braza. La braza castellana medía 1.67 metros aproximadamente. En este texto queda clara la referencia, pues lo expuesto se corresponde con la realidad de la cueva de la Sierpe. La entrada, que cuando nos aproximamos a la cueva queda a la izquierda de la cavidad de la cueva, y a la derecha está el espacio en que cabría un gran carro con sus mulas. La claridad a la que se refiere el Quijote también estaría a la distancia indicada, a la derecha mano por el hueco que dejaba una pared de mampostería mal rematada.



Malezas a las afueras de la Cueva de la Sierpe.

**«Comenzó a derribar y a cortar de aquellas malezas que a la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos.»**

En el caso de la Cueva de la Sierpe, antes de que en el siglo pasado se hiciera la presa de Chíncha, el acceso se podría hacer por la ribera del río. Esta cueva era utilizada desde antiguo por los habitantes de la zona para resguardarse y para guardar el ganado. Una pared derruida en parte cubre la boca de la cueva, lo que la hace más acogedora y protege. Evitaría además que el ganado que se ha recogido en la

## La Cueva de Montesinos en el Quijote y la Cueva de la Sierpe

---

cueva escapara. Y las plantas que se nombran en el Quijote son plantas que el ganado no se comía, y de las cuales las únicas que no he encontrado son «cabrahígos», plantas que soportan peor la competencia con otras plantas.

No soy el único que se ha dado cuenta de que la verdadera cueva no es la que hoy se tiene por tal junto a las Lagunas de Ruidera. La mal llamada «cervantina» cueva albaceteña es en realidad una sima. Se ha querido adaptar el paisaje Cervantino al manchego actual y no se ha pretendido ver cuál es el paisaje cervantino verdadero.

Azorín y otros viajeros han calificado la cavidad albaceteña como «honda sima», y que nada tiene que ver con la «cueva» de Montesinos. En la cervantina la vegetación era tupida, con zarzas, cabrahígos y cambroneras, plantas que no ve Azorín: «ahora, en la peña lisa, se enrosca una parra desnuda». Azorín no vio las cervantinas aves: «no saltan a nuestro paso ni siniestros grajos y cuervos, ni alevosos y elásticos murciélagos». Escribe Ramón Fernández Palmeral en su visita a la hipotética cueva:

*«Llegamos a la famosa cueva de Montesinos, me desilusionó, puesto que yo me había imaginado la cueva, como son todas las cuevas, una boca oscura en la pared de un risco, pero no, la boca de esta mítica cueva es invisible, se abre en el suelo, es una sima, la entrada es peligrosa entre varios bloques balanceantes, grandes como huevos que dejara allí algún mago encantador», “se trata de una sima de caída casi vertical, y para descender se necesitan sogas, crecían matojos que la ocultaban».*

Y referente a los pájaros que salen de ella escribe:

*«Nosotros no vimos salir estas aves, los murciélagos o “aves nocturnas”, como también las nombra Cervantes, no salen con la luz del día, sino al atardecer en vampiro cazar de insectos».*

Como ya he ido desgranando en estas líneas, las coincidencias con los episodios narrados en el Quijote son indudables. Hablar de la de «La Sierpe» es hablar de un espacio único habitado desde tiempos inmemoriales, por su alta bóveda (unos 16 metros), su única estancia de varios miles de metros cuadrados (cerca de 8.000), y el agua cayendo por la puerta gran arte del año, y junto a ella un río de agua clara, el Guadiela.

Un Cervantes anciano y tullido es normal que utilice una cuerda para entrar, ya que a pesar de no ofrecer obstáculos notables en el fondo hay algunos hundimientos que pueden tener cierto peligro si no se tiene cuidado, y que probablemente en la época cervantina fuesen mayores. Tampoco dice nada el texto de que necesitara un hacha o luminaria para entrar, lo que hace más verosímil a nuestra cueva serrana.

Cervantes tenía un anhelo: vivir en la Arcadia compartiendo el dios Pan con los verdaderos hombres de vida pastoril, siendo árcaico y alumno aventajado de las musas, igual que lo quiso ser en La Galatea. Cervantes harto del polvo del camino, de barro fríos y soles abrasadores, siente la necesidad del agua clara, de pisar prados de verde hierba fresca. De saciar la sed que le producía su enfermedad. En la Sierra viviría feliz junto a arroyos juguetones, y tendría una sombra propicia para dejar a la pluma que recorra los cielos del Parnaso. Y al igual que el águila se desliza por el cielo en acompasado vuelo, el escritor deslizaría unos años más su pluma antes de dejarla colgada en la espetera por última vez, sin más distracciones que el ruido del agua juguetona, las campanillas de los ganados, y la vida apacible y sencilla del hortelano que poco o nada sabe de la Corte. Mientras escribe escucha, no muy lejos, el cansino ritmo del batán y una herrería<sup>1</sup>. Regocijarse junto a su hija mirando el rescoldo de la lumbre, y narrarle algún episodio de su azarosa vida a los presentes, es algo que no cuesta nada imaginar cuando acabadas las tareas todos se recogían para *esmotar* judías junto a la gran chimenea que cubría la cocina a la caída del sol. Cervantes en la herrería vivió el anhelado sueño de juventud junto a su amigo y yerno Luis de Molina, compartiendo techo con su hija Isabel. Lo tenía todo: también un lavadero junto al arroyo, prados, sombras, y una fuente a la entrada del pueblo...

Y esta cueva de la Sierpe le pillaba cerca, el primo que también era de por aquí se la enseñó, pero este año del primo no quiero hablar.

---

<sup>1</sup> Ver número 3 y 11 de la revista Mansiegona.